



- MAYO JUNIO JULIO -

Los
CHICOS
del calendario

¿PREPARADA PARA VIVIR
EL AÑO MAS EXCITANTE DE TU VIDA?

Candela Rios

- MAYO JUNIO JULIO -

Los
CHICOS
del calendario
Candela Ríos

TITANIA

Argentina • Chile • Colombia • España
Estados Unidos • México • Perú • Uruguay • Venezuela

1.ª edición Marzo 2017

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

Copyright © 2017 by Candela Ríos

All Rights Reserved

© 2017 by Ediciones Urano, S.A.U.

Aribau, 142, pral. – 08036 Barcelona

www.titania.org

atencion@titania.org

ISBN: 978-84-16725-63-5

Fotocomposición: Ediciones Urano, S.A.U.

Printed in Spain

MAYO

1

El Dragon Khan, la primera montaña rusa en la que me monté, tiene una bajada de cuarenta y nueve metros por la que la vagoneta desciende a ciento diez kilómetros por hora. Es un hecho, lo leí en la *Guía oficial de Port Aventura*, el parque donde se encuentra, y lo sentí en mis huesos, bueno, básicamente en mi estómago. No vomité al bajar, porque habíamos ido al parque de excursión con la clase del instituto, pero me temblaron las piernas durante horas y decidí no volver a subir en la vida.

Las montañas rusas no son lo mío.

O no lo *eran*, a juzgar por cómo es mi vida desde el pasado enero, una auténtica y descerebrada montaña rusa que ni el mismísimo Mickey Mouse querría para ninguno de sus parques de atracciones. Tal vez debería plantárselo, podría ser una campaña de *marketing* muy interesante: «Ven, sube a nuestras montañas rusas y perderás el miedo a las entrevistas de trabajo o a tener una reunión con tu ex».

Ahora mismo mi estómago y yo preferiríamos estar en lo alto del Dragon Khan a tener que cruzar la puerta de la sede de Olimpo en Barcelona.

¿Cuánto tardaría en llegar a Tarragona? ¿Port Aventura estará cerrado por vacaciones?

Sacudo la cabeza, no puedo quedarme aquí plantada en la calle todo el día, tengo cosas que hacer. Cientos de cosas, entre ellas resolver lo de esta reunión cuanto antes para poder irme a La Rioja. Víctor me está esperando para pasar un fin de semana «único», sí, esa fue la palabra que utili-

zó ayer y otras en las que ahora no puedo pensar o entraré más acalorada y acelerada de lo que ya estoy. Aunque, a decir verdad, pensar en Víctor me ayuda.

Cojo aire y lo suelto despacio, puedo hacer esto. Por supuesto que puedo hacer esto. Puedo hacer esto y muchísimo más. Puedo hacer todo lo que me proponga. Entraré, tendré esa estúpida reunión, grabaré el vídeo del chico de abril y me subiré al Dragon Khan dos veces antes de desayunar. Claro que sí.

Los discursos de motivación de Jorge empiezan a afectarme. Jorge es el chico de febrero y va en camino de convertirse en uno de mis mejores amigos o asesor espiritual, como a él le gusta llamarse. Víctor es el chico de marzo y él va en camino de convertirse en mi... ¿mi qué?

Cuando le conocí le comparé con un leñador, porque es altísimo, siempre va mal afeitado y le encantan de un modo extraño las camisas a cuadros. Y lo cierto es que, después de pasar la noche juntos el día de Sant Jordi, le llamo *leñador* de un modo cariñoso y a él le encanta, finge que le molesta, pero sonrío y me coge por la cintura y me besa. Él me llama *nená*, nunca pensé que me gustaría, pero el modo en que me mira cuando dice esa palabra me pone el estómago del revés. Algo también parecido a las montañas rusas, pero en el buen sentido.

El chico de abril, del que me he despedido esta mañana, es Bernal y de momento no le definiría como un amigo, está más perdido que yo y eso es decir mucho, claro que tengo el presentimiento de que él conoce el camino para salir del lío en el que se ha metido.

Bernal, por eso estoy aquí, para grabar el vídeo del mes de abril y para tener una reunión con mi jefe.

Sí, mi jefe.

Salvador Barver, el chico de enero, el inmaduro, estúpido, egoísta, zumbado, tarado con el que me lié y del que creí que me había enamorado. Sí, lo sé, no se puede ser más cliché. Pediría disculpas, pero estoy ocupada dándome

patadas en el culo por haber sido tan idiota.

Metí la pata, cometí un error, un error garrafal, ¿pero en esto consiste este año, no? En cometer errores, aprender de ellos y en descubrir quién soy de verdad.

Cojo aire y cruzo la puerta de la entrada. Yo no tengo de qué avergonzarme, estuve con él, me atreví a ser sincera después de que Rubén, mi ex, me dejase por Instagram y de que todo el país me viese en Youtube despotricando contra los hombres de este país. Nadie puede acusarme de ser una cobarde, ya no. Me atreví con Salvador y él me dijo que sí, y después que no, y después que sí otra vez, y después que no, y vuelta al sí y entonces, cuando creía que la vida era perfecta y maravillosa, va el muy cretino y me deja en medio de Paseo de Gracia en una escena que podría estar sacada de *Love Actually* (si *Love Actually* fuese una película de terror).

Tendría que haber una norma que prohibiese pedirle al chico o a la chica que dejas que sea tu amigo. Y tendría que fulminarte un rayo si te atreves a humillar a alguien, romperle el corazón y después decirle: «Pero quiero que nos comportemos con normalidad en el trabajo». A Salvador no le fulminó ningún rayo el día que me dijo esas cosas, justo después de recordarme que no me quería (algo que yo le había confesado escasos segundos antes).

Es agua pasada.

Salvador me mandó un mensaje pidiéndome que nos viéramos y yo respondí (haciéndome la tonta) que por supuesto que nos veríamos, que ya teníamos programada la reunión de hoy. El tono de su mensaje no era profesional y no sé si quería hablar de nosotros o del tiempo, pero fuera lo que fuese, no insistió. Típico. Probablemente recordó que no está interesado en mí.

Entro en el ascensor y cierro los ojos. Ya han pasado algunos días y yo estoy mejor así. Estoy muchísimo mejor. Creo que por fin me siento cómoda en este proyecto; *Los chicos del calendario* no consiste en buscar a míster España

ni tampoco es una cita a ciegas constante. *Los chicos del calendario* está sirviendo para que muchos chicos y chicas demuestren que tienen la cabeza bien puesta y que, como dice mi hermana Marta, «no estamos tan mal». Aparte del candidato con el que pase cada mes, se me ha ocurrido que en la revista y en las redes sociales podríamos ir presentando a distintos chicos que hayamos descartado, pero cuyas historias también puedan resultar interesantes a nuestros lectores.

Quizás aún no he encontrado al ganador del concurso ni sé qué causa, fundación u ONG se llevará el premio, pero empiezo a entender que hay mucha gente que vale y que compensa hacer el esfuerzo de conocerla y de dejar que te conozcan. Incluso gente como Salvador, supongo, porque sin él este proyecto no habría empezado.

El ascensor se abre en la sexta planta, de momento no me he encontrado a nadie. Mejor, suspiro tranquila, así podré repasar el texto que he garabateado durante el viaje de regreso de Galicia a Barcelona. He quedado con Abril dentro de unas horas, antes hablaré con Salvador, y después mi vida volverá a la normalidad.

Igual que el Dragon Khan, subir, anudar el estómago, contener las ganas de vomitar, bajar y seguir adelante. Pan comido.

Abro la puerta del despacho y el estómago me baja a los pies. El Dragon Khan ese es muy traidor, quiero decir Salvador, que está allí cuando se supone que tenía que estar en su casa.

«No pienses en su casa».

—Oh, lo siento, he entrado sin llamar.

Él se levanta de inmediato, estaba sentado escribiendo algo en el ordenador. Se quita las gafas y las sujeta como cuando está nervioso.

—No, por favor, no. Este también es tu despacho.

—Tienes razón. —Tiene toda la razón, este también es mi despacho, al menos en lo que queda de año, no debería

comportarme como si no tuviera que estar aquí—. Buenos días, pues.

—Buenos días.

Camino hasta mi mesa, mi bote de lápices está en el lugar exacto en el que lo dejé, aunque es evidente que durante las semanas que no he estado le han quitado el polvo. Todavía tengo pósits de colores pegados en el monitor y seguro que si abro el primer cajón encontraré uno o dos paquetes de chicles a medias. Cuelgo el bolso en el respaldo de la silla y me quito la chaqueta sin mirar de nuevo a Salvador. No hemos quedado hasta dentro de una hora y tengo intención de fingir que no existe hasta entonces.

—¿Vas a ignorarme hasta la hora de nuestra reunión?

Me cae el papel que estaba leyendo al suelo, lo recojo muy dignamente.

—Sí, es exactamente lo que voy a hacer.

—¿No te parece una tontería?

—No exactamente.

Deja las gafas en la mesa y se acerca a la mía. Le veo abrir los ojos, no sabe qué hacer. Reconozco que me gusta alterar a Salvador, se lo tiene merecido.

—Todavía estás enfadada por lo que sucedió el día de Sant Jordi.

Se refiere al 23 de abril, el día que me dijo bajo la lluvia que no me quería, que no sentía nada por mí y que entendía que yo hubiese malinterpretado lo que había sucedido. *Malinterpretado*. Y una mierda, lo interpreté perfectamente.

—No estoy enfadada. No hemos quedado hasta dentro de un rato y me sorprende encontrarte aquí. Eso es todo. No querría que te *dejases llevar* y que celebrásemos nuestra reunión fuera de horario.

—No tendría que haberte dicho eso, lo siento.

—¿El qué?

—Que me había dejado llevar. Fue una estupidez.

—¿Hacerlo o decírmelo?

—Candela. Por favor. —Se pasa las manos por el pelo—. ¿No podemos volver a empezar?

—No, no podemos. Esto no es un jodido videojuego, Salvador. La cagaste. La cagué. La cagamos y ahora vamos a seguir jugando. Hablaremos en la reunión, así ninguno de los dos corremos el riesgo de *malinterpretar* nada. Ahora mismo, si me lo permites, tengo mucho que hacer.

No tengo ni idea de lo que voy a hacer, estoy tan alterada que tendré suerte si consigo encender el ordenador.

—Está bien. Tú ganas. Hablaremos en la reunión.

Durante un segundo respiro aliviada. Salvador se dirige hacia la puerta; con algo de suerte saldrá y me dejará sola hasta entonces. Él debe sentir que le estoy observando, porque se detiene y cambia de opinión. Camina hasta su mesa y se sienta, echa la silla hacia atrás, se pone las gafas y con las manos entrelazadas sobre el estómago se dispone a mirarme.

Lo hace para ponerme nerviosa y está funcionando. Jamás tendría que haberle dicho el efecto que me produce verle con gafas.

—Quítate las gafas, solo las necesitas para leer o para ver la tele.

—Estoy bien así, gracias.

Si las miradas matasen, ahora mismo Salvador estaría en peligro de muerte. Enciendo el ordenador y rezo para que llame alguien o para que alguien, cualquiera, entre en el despacho.

—No puedo creerme que no tengas nada que hacer, Salvador. Se supone que diriges Olimpo, seguro que tienes mil asuntos que atender.

—Ahora mismo no.

—Te estás portando como un niño pequeño.

—Mira...

—Si dices «mira quién fue a hablar», no respondo, Salvador, lo digo en serio.

Desvío de nuevo la mirada hacia la pantalla, pero él si-

que sin moverse con los ojos fijos en mí y apenas sin respirar. Parece estar muy concentrado observándome, prestándome atención. Igual que hacía en enero. Por eso pensé que le importaba, por suerte ahora sé que no.

—Está bien, Salvador. Hablaremos ahora —concedo resignada porque temo estar a punto de lanzarle el bote de lápices a la cabeza—. Cuanto antes resolvamos esto, mejor. Tengo que prepararme para grabar el vídeo del chico de abril.

Además, no quiero que él crea que me estoy haciendo la interesante y así dejo de darle vueltas al tema. Igual que la bajada del Dragon Khan, un par de minutos de sufrimiento y a pasear por el parque hasta que se me pasen las náuseas. Lo nuestro, fuera lo que fuese, ha acabado y tenemos que portarnos como profesionales, así que uno de los dos debería empezar a dar ejemplo. Y voy a ser yo.

Salvador vuelve a levantarse y a acercarse a mí.

—La noche del 23 de abril, en la fiesta de Olimpo, nos cruzamos en el ascensor cuando te ibas.

—Sí, lo recuerdo. ¿A qué viene esto?

—Viene a que quiero decirte que no estaba ni estuve ni estaré jamás con esa mujer con la que me viste.

Trago saliva, odio que me duela ese comentario.

—Puedes estar con quien quieras, Salvador, a mí no tienes que darme explicaciones. ¿Eso es todo? ¿Por eso querías verme y hablar conmigo? Creía que era por temas de trabajo.

—No estaba con ella, Candela. Ni con ella ni con nadie.

Le aguanto la mirada.

—¿Y por qué me lo cuentas? Entre tú y yo no hay nada, Salvador.

—Joder. —Se aparta y camina hasta la ventana donde apoya la frente—. Me encontré con Bernal más tarde; él volvió a la fiesta después de que tú te fueras. Me dijo que te había visto con Víctor.

Me levanto de la silla sin pensar, más que sin pensar me

hierva tanto y tan rápido la sangre que tengo que ponerme en pie.

—¿Estás celoso? ¡¿Este numerito es porque tienes celos de Víctor?! Tú no estás bien, Salvador, no estás bien.

Él tensa los hombros.

—Tienes razón, no lo estoy. —Se da media vuelta—. No importa si estoy o no celoso —afirma mirándome de nuevo a los ojos, aguantando todos los insultos que no le he dicho, pero que son evidentes en mi mirada—. No importa. Solo necesitaba que supieras que entre esa mujer y yo no hay nada.

—De acuerdo, pues ya lo sé. ¿Eso es todo lo que querías decirme? ¿Por eso me mandaste ayer un mensaje diciéndome que necesitabas verme? Porque no me dirás que te referías únicamente a la reunión de control de *Los chicos del calendario*.

—Me preocupo por ti, Candela.

Me río mentalmente. Esta conversación se está convirtiendo en una broma de mal gusto.

—No lo hagas. En serio. Insisto en que no lo hagas.

Él vuelve a apartarse.

—Creo que no voy a poder evitarlo. Bernal insinuó que te habías ido con Víctor por despecho y que...

—No tengo ni idea de qué te dijo Bernal ni por qué, no sé qué pudo ver, la verdad, pero te aseguro que ese chico es pésimo juzgando a la gente, créeme. He estado un mes con él en Muros y lo suyo son las piedras, no los seres humanos. —Voy a matarlo en cuanto vuelva a verle. ¿Cuándo me vio con Víctor? ¿Me vio con él o está haciendo de Celestina para vengarse de todas las veces que yo he intentado hacer lo mismo con él y Manuela?—. Bernal no tiene ni idea de lo que pasó la noche de Sant Jordi. Pero te aseguro que el despecho no tiene nada que ver con lo que hice o dejé de hacer, ni con quien.

—¿Entonces es cierto? ¿Tú y Víctor estáis juntos?

—Mira, Salvador, tú has sentido la necesidad de decirme

que entre la Barbie esa y tú no hay nada. Genial, no sé por qué lo has hecho, pero vale. Felicidades por tener cierto criterio. Yo no siento la necesidad de contarle mi vida al primero que pasa.

—¿El primero que pasa?

—Bueno, es un decir. —Está tan enfadado que incluso se ha sonrojado—. No te preocupes por mí. No me hace falta. No quisiera *confundir las cosas*. Hablemos de trabajo, de los próximos chicos del calendario, de tu hermano, si te apetece, pero nada de hablar de ti ni de mí. A estas alturas es más que evidente que sería absurdo..

Él vuelve a la mesa, pero no se sienta en su sitio, se queda de pie.

—No quería hacerte daño, Candela, y no quiero que te lo haga nadie.

La puerta se abre y aparece Abril, que también ha llegado antes. Mi mejor amiga acaba de evitar que le preguntase a Salvador por qué me hizo daño si sabía que me lo hacía.

—¿Estás lista para grabar el vídeo del chico de abril, Cande?

—Claro, dame unos minutos, ¿quieres?

Salvador no le dice nada a Abril, pero a ella parece no importarle.

—Por supuesto. Baja en cuanto estés lista, ya lo tengo todo preparado.

Cierro el cuaderno con mis notas y cojo el móvil y el bolso. Podría irme así sin más, grabar el vídeo, ir a la reunión que tenemos después con los de *marketing* y terminar el día sin decirle ni una palabra más a Salvador.

Pero no lo hago.

—Supongo que nunca entenderé qué pasó esa semana de abril, cómo pudieron cambiar tanto las cosas. —Él levanta la cabeza para mirarme y los ojos le brillan de un modo distinto, es como si de repente tuviesen luz cuando antes estaban apagados—. Y no lo entenderé porque tú no

vas a contármelo, Salvador. Y yo no voy a volver a preguntártelo. Se supone que el amor es bonito y me imagino que no tendría que ser tan difícil; si lo es, algo estamos haciendo mal. O no somos las personas adecuadas para intentarlo o no es el momento adecuado. No lo sé. Pero nos quedan ocho meses por delante, ocho meses en los que tendremos que vernos, aunque sea solo unos días, y trabajar juntos. Puedo hacerlo, Salvador. Quiero hacerlo. Tú tienes que seguir con tu camino y yo con el mío, eso es todo. Nada de mensajes ni de correos ni de nada. Solo trabajo. Solo *Los chicos del calendario*. ¿Entendido?

—Entendido.

Suelto el aliento e intento sonreírle. Estoy hecha un flan, pero me siento muy orgullosa de mí misma.

—Bien. Voy a grabar el vídeo, nos vemos luego.

—Hasta luego, Candela.

No sé si estoy del humor más adecuado para grabar un vídeo, aunque en cierta manera esta confusión e ilusión e incluso la alegría y la pena que siento por haber hablado por fin con Salvador son las emociones perfectas para explicar a los seguidores de *Los chicos del calendario* qué me ha parecido Bernal.